

Camus o el mito del hombre solo

J. L. Micó Buchón, S. J.

La proclamación de Albert Camus, Premio Nóbel de Literatura 1957, ha lanzado la prensa del mundo, como era de esperar, a todo un oleaje de artículos y comentarios más o menos profundos, casi siempre de encomio, aunque no siempre con toda la nitidez y profundidad que podían esperar los lectores.

Felizmente estaba ya rodando por bibliotecas y librerías el volumen primero de la obra de Charles Moeller "Literatura del Siglo XX y Cristianismo", en donde el autor dedica un buen estudio —el primero precisamente—, a Camus, su interpretación y valoración cristiano-literaria. Esas páginas han orientado muchas veces como semáforo en verde los artículos y estudios de la prensa. Y con razón, porque lo que dice Moeller, si no es siempre dogma de fe, ni siempre agota los contenidos, es siempre algo bien pensado, y que se desarrolla desde el doble punto de mira del conocimiento de las ideologías modernas y de la vivencia del cristianismo contemporáneo.

Aplica Moeller al escritor Nóbel el acertado slogan de "la honradez desesperada" y las páginas de su estudio son en efecto el análisis de esa desesperación honrada u honradez desesperada de Camus, que revelan sus obras.

En las presentes notas quisiéramos, partiendo de otro visor y otro slogan, comentar la obra del escritor premiado. Nuestro slogan podría ser el mismo título de las presentes líneas: "CAMUS O EL MITO DEL HOMBRE SOLO".

Escribe Moeller al principio de su trabajo: "Ignoro cómo se ha podido embarcar a Albert Camus en la galera del existencialismo" y tras esta frase, no pocos escritores han desembarcado rápidamente a Camus de la galera.

Tal vez en esto puede haber una pura cuestión verbal. Todo depende del alcance práctico que se quiere dar a la denominación de "existencialismo". Es cierto que cuando Camus publica su "L'Homme revolté" con evidente alusión a las violencias del marxismo, rompe violentamente con Sartre, pontífice del existencialismo marxista. Es verdad que las alusiones directa o explícitas de Camus a la obra de Jean Paul Sartre son más bien escasas; sin embargo queda mucho margen existencial fuera de los bordes de Sartre, y puede haber comunidad de ciertos problemas, aunque escaseen las citas y de discrepe en otros muchos puntos.

Es más, tal vez el mismo Sartre corifeo de los literatos existenciales comunistas es más que nadie un heterodoxo del existencialismo y por consiguiente no representa la verdadera faz de esa filosofía o mejor antropología o humanismo.

Como saben los que han seguido el desarrollo de esos problemas, los mismos creadores del sistema existencialista —Martín Heidegger en concreto— han protestado de la interpretación Sartriana del existencialismo y de su injerto en el cuerpo del marxismo.

Es verdad que la libertad se levanta como ideal propagandístico y término de la evolución marxista, y la libertad es el eje más profundo de la máquina existencial. Pero con una tremenda diferencia, que en el marxismo, es un asunto exterior, social que emana de la organización y que depende no de autodeterminaciones y elecciones interiores, sino de condiciones económicas y externas ⁽¹⁾, mientras que en el existencialismo, emana profundamente de la intimidad del hombre, es superior a todas las circunstancias y relaciones económicas, externas o políticas, es independiente.

Para Marx la existencia social determina la conciencia existencial, individual; mientras que para los existencialistas al contrario, la conciencia de su libertad es lo que determina la existencia del hombre ⁽²⁾. En rigor, aunque ellos no lo admitan en estos términos crudos, para los marxistas la sociedad económica lo es todo y el individuo no es nada ni conserva derecho alguno; y para los existencialistas la sociedad no es nada y no conserva ningún derecho y el individuo lo es todo con su absoluta libertad.

En “Les Mains Sales” de Sartre, nada queda fuera del imperativo del Partido Comunista: “Manda hasta en los sentimientos; y todos los medios son buenos si son eficaces para el partido”; la muerte de los hombres no importa nada.

En “Calígula” de Camus, la libertad del Emperador tritura toda la sociedad imperial, y grita a sus cortesanos: “os odio porque no sois libres!... Hoy y en los tiempos venideros, mi libertad no tendrá fronteras” ⁽³⁾.

Además de esta esencial traición al existencialismo, todavía comete otra herejía Sartre, en tremenda oposición con lo existencial: admite la esperanza en el Paraíso comunista: Supone, según las ideologías marxistas, que la materia, la sola materia económica, mezclada con la sangre de las revoluciones soviéticas va a traer la redención y la felicidad a los hombres que vendrán dentro de Dios sabe cuántos siglos. En definitiva confían en una esperanza, todo lo material que se quiera, pero al fin, esperanza: los que rechazan como un opio que debilita, la esperanza sobrenatural, se acogen a una esperanza material totalmente injustificada. ¿Cómo conjuga Sartre esa esperanza comunista con el desespero de “Huis clos”?...

En cambio, los existencialistas, una vez han prescindido de todo agarradero transcendente, se atienen a las consecuencias y trabajan por ventilar el gran problema estrictamente en el clan de la libertad de cada hombre. Eso demuestra la gran carga de sinceridad con que actúan los existencialistas, así como el peso del convencionalismo y propaganda política que no puede disimular el marxismo.

(1) Cfr. interesantes ideas sobre el particular en A. Etcheverry S. I. “Le conflit actuel des humanismes”, pág. 166.

(2) Marx: Oeuvres philosophiques, VI, pág. 169.

(3) A. Camus: Teatro — Págs. 70-71 (Col. Gran Teatro del Mundo. Ed. Losada. Buenos Aires)

He dicho todo esto para que no nos precipitemos en hacer bajar a Camus de la nave existencial; aunque sí, cierto, hay que desembarcarlo del navío de Sartre y de "Les temps modernes".

Lo que ocurre es que la escuadra del existencialismo es tan varia y adopta formas tan cambiantes que no resulta fácil del todo la catalogación práctica de sus adeptos. En todo caso, si admitimos como existencial ortodoxo lo que caiga dentro del marco del hombre como ser-en-el-mundo y ser-en-el-tiempo, nada más que eso, y toda la angustia o preocupación que se deriva de eso, habremos de permitir a Camus que siga su crucero en la galera existencialista.

* * *

La posición de Camus es enteramente personal, y representa una faceta profundamente humana y estimativa del hombre, pese a sus notables grietas.

Ante todo Camus estima a los hombres, se preocupa de los hombres, y sufre por ellos. Esa sola frase: "Hay en el hombre más cosas dignas de admiración que de desprecio" (4) tantas veces repetida, es toda una colosal revelación del humanismo camusiano.

En ese humanismo es fácil descubrir una apoyadura tan sólida como el amor. Habla Escipión a Cesonia y le dice recordando frases de Calígula:

"Me decía que la vida no es fácil, pero que están la religión, el arte, el amor que inspiramos. Repetía a menudo que hacer sufrir es la única manera de equivocarse" (5).

Otro personaje en *La Peste*, Tarrou, declara que "El hombre es una idea y una idea bien pobre, a partir del momento en que se aparta del amor" (6).

Es verdad que a veces —más en sus obras primerizas, mucho menos según avanza su carrera y adensa su producción— concibe ese amor como algo totalmente pagano y sensual: el amor de los cuerpos. En unas páginas delficas de "Les nocés", además de otros muchos rasgos sensoriales, escribe: "A la hora en que el sol se desborda desde todos los rincones del cielo, la canoa anaranjada llena de cuerpos morenos nos trae de nuevo en una carrera loca. Y cuando, al batir cadencioso de la doble pagaya de alas de color de fruta colgada bruscamente, nos deslizamos largamente por el agua serena de la dársena, ¿cómo no estar seguro de que llevo a través de las aguas lisas, un fulvo cargamento de dioses, en los que reconozco a mis hermanos?" (7).

Pero esta apreciación, abiertamente juvenil, sentimental y sensitiva, da pronto paso a otra mucho más profunda y humana: a la verdadera preocupación por sus hermanos, que verá, no ya como dioses morenos, sino como pobres seres amenazados en sus más tremendas ansiedades: la libertad, el amor, la felicidad: Camus ha vivido en Francia, la guerra, la ocupación, la resistencia, el sufrimiento.

(4) A.C.: *La Peste* (Ed. N.R.F.) Pág. 336.

(5) A.C.: *Testro*: o.c.: Calígula. Pág. 68.

(6) A.C.: *La peste* (Ed. N.R.F.) Pág. 183.

(7) A.C.: *Les nocés* (Ed. N.R.F.) pág. 62.

Calígula, antes de lanzarse a sus locuras exclama: "Los hombres mueren y no son felices" (8).

Ante esa constatación comprende Tarrou "que puede uno avergonzarse de ser dichoso, él solo" (9). Con rabia más bien que con simple vergüenza inoperante, grita un personaje de "Los justos": "La libertad es una cárcel mientras haya un solo hombre esclavizado en la tierra. Yo era libre y no dejaba de pensar en Rusia y sus esclavos" (10).

Para distinguir bien el interés por los hombres hermanos, del pseudo-interés de propagandas y politiquerías, dice con firmeza Kaliayev, en la misma pieza: "¡Sí, pero yo quiero a los que viven hoy en la misma tierra que yo, y los saludo a ellos! Por ellos lucho y consiento en morir. Y por una ciudad lejana, de la que no estoy seguro, no iré a golpear el rostro de mis hermanos. No iré a aumentar la injusticia viviente con una justicia muerta!" (11).

Precisamente esta lealtad a los hombres es la que exige a Camus el rompimiento con la ideología comunista-sartriana. En el violento diálogo Camus-Sartre que tuvo lugar en aquel debate, Camus no disimuló lo más mínimo su irritación contra las opresiones e injusticias soviéticas.

"Me parece difícil —dice a Sartre— si estamos de acuerdo en que el socialismo autoritario es la experiencia revolucionaria principal de nuestro tiempo, no enfrentarse con el terror que ese sistema implica... Me parecería normal y casi una prueba de valentía que al abordar francamente el problema, justificase V. la existencia de los campos de concentración de la U.R.S.S. Lo que resulta anormal y revela lo molesto que ese tema es para V. es que no hable de ello al referirse a mi libro".

Hemos de agradecer a Camus esta profunda estima del hombre. Por ella, frente a la descorazonadora frase de Sartre: *l'enfer c'est les autres* del "Huis clos", frente al odio por la presencia del otro, encontramos en "Los justos", esta otra, índice del gran regalo que se ve en la presencia de los otros: "Vivir es una tortura, ya que vivir separa" (12).

Ahora bien ¿qué soluciones ofrece Camus a sus hermanos, a los que indudablemente, quiere y por los que sufre?

En "Calígula", pone en boca del Emperador esta confesión: "Qué duro, qué amargo es hacerse hombre!" (13). ¿Por qué es ésta la contestación de Camus? ¿Por qué nos da como respuesta la desesperanza?

Para contestar es preciso hacer de nuevo apelación a las teorías del existencialismo. Si el hombre no es más que mundanidad y temporalidad, no veo razones para exigirle otros optimismos y otras soluciones idealizadas.

El mundo y la vida, para el que corta toda comunicación con lo absoluto y lo trascendental, debe ser sencillamente un absurdo.

"El mundo tal como está no es soportable. Por eso necesito la luna, o la dicha o la inmortalidad, algo descabellado quizás, pero que no sea este

(8) A.C.: Teatro: o.c.: Calígula. Pág. 66.

(9) A.C.: La Peste (Ed. N.R.F.) pág. 230.

(10) A.C.: Teatro: Los justos: o.c. pág. 210.

(11) A.C.: id. pág. 229.

(12) A.C.: id. pág. 251.

(13) A.C.: Calígula. — Teatro. o.c.: pág. 72.

mundo" (14), grita Calígula. Y en el amargo fin de "El Malentendido", Marta dice a la joven que acaba de perder a su marido: "Ruegue a su dios que la haga semejante a una piedra. Es la felicidad que él asigna, la única felicidad verdadera!" (15).

"El mundo es desrazonable; sólo eso" anota en "El mito de Sísifo".

Y de la vida, escribe en un artículo: "Los hombres de mi generación han vivido en la rebelión. Han dudado de todas las purezas. Han descubierto en la moral una hipocresía monstruosa. Han visto el crimen legitimado y la tortura aceptada como una simple servidumbre..." (16).

El Dr. Rieux, en "La Peste", al ver morir un niño, dice al jesuita P. Panelaux que le habla de resignación cristiana: "Je refuserai jusqu'à la mort d'aimer cette création où les enfants sont torturés".

Es decir, que por todas partes encontramos el telón tremendo de lo des-arreglado, inexplicable y absurdo. Todo eso se concentra en una frase realmente sartriana que Camus injerta en "El mito de Sísifo": "El descorazonamiento que se apodera del hombre ante la absurdez de la vida"...

Es cierto que ni aún después de esta frase, está todo perdido para el humanismo de Camus. El ha querido explicar este paso como una pura posición hipotética, eurística. "Cuando yo analizaba el sentimiento de lo absurdo... estaba buscando un método y no una doctrina. Practicaba la duda metódica..." (17). Y más nítidamente en otro pasaje:

"Si se admite que nada tiene sentido, entonces es preciso concluir que el mundo es absurdo. Pero ¿es que nada tiene sentido? Nunca he creído que se puede permanecer en esta posición!" (18).

Pero no confiemos demasiado en la esperanzadora irrupción de claridad de esas últimas frases! Siguen siendo también pura hipótesis eurística! En realidad, Camus termina el párrafo con estas palabras impresionantes: "Naturalmente, siempre sin pretender estar en posesión de ninguna verdad" (19).

Ahora sí que hemos tocado fondo. La gran tragedia de Camus y de sus criaturas es que no están en posesión de "ninguna verdad"!

Pero ahondemos todavía más en ese cuerpo sangrante que se nos acaba de entregar, con todo cuidado, con todo cariño, como con un niño herido.

Las esenciales y definitivas verdades de la vida y del hombre no son manufacturas del mismo hombre. No podemos nosotros hacer nuestras verdades fundamentales; podemos levantar casas, montar aviones o establecer sistemas filosóficos; pero sólo "recibir" verdades. La verdad nos precede, nos trasciende y nos constituye; pero nos sobrepasa y nos es dada.

En este sentido la frase de Pascal cobra una enorme justeza: "L'homme dépasse infiniment l'homme"; lo que repite más cerca de nosotros, en otros términos, pero con idéntico sentido, Bergson, al escribir: "Il faut sentir quelqu'un au-dessus de soi, pour être vraiment soi".

(14) A.C.: id. pág. 65.

(15) A. C. El Malentendido: Teatro, o.c. pág. 56.

(16) Vie intellectuelle, abril (1949) 337.

(17) Nouvelles littéraires 1236 (1951)

(18) Ibidem.

(19) Ibidem.

Ese recurso a algo que supere al hombre, esa solución del mundo y de la vida fuera del mismo mundo y la misma vida llega a intuirlo Camus en una frase de *L'homme revolté*: "*L'homme est la seule créature qui refuse d'être ce qu'elle est*". Y sin embargo no se atreve a sacar conclusiones de esta premisa tan significativa.

Y aquí viene uno de los rasgos más personales de la ideología de Camus: toda solución buscada fuera del propio hombre la toma por cobardía, por claudicación de ser-hombre. No quiere ayudas, agarraderos, compasión esperanzas... Todo eso serían huídas cobardes del campo de lucha. La única grandeza del hombre está en soportar honradamente su destino sin destino y sin sentido cognoscible.

Camus no admite la idea de Kierkegaard, de que para ser plenamente hombre, hay que ser más que hombre. No. Para el último Premio Nóbel ser plenamente hombre... es por el contrario no ser más que hombre, no querer ser más que hombre, y ser hombre solo. Por eso, el gran problema que plantea para el hombre del siglo XX, en "*L'homme revolté*" es "*Cómo vivir sin la gracia*" (20); o sea, como vivir el hombre solo, sin apoyos ni relaciones con fuerzas o poderes que superen al hombre.

Reconoce bien que sería más sencillo aceptar la ayuda, apoyarse en ideas morales superiores, dar sentido trascendente al dolor, a la caridad... "*dechargent du poids de ma propre vie; et il faut bien pourtant, que je la porte seul*" (21). Es preciso llevar sólo su peso, no confiar en nadie, en nada. Tremenda realidad según Camus que es preciso tragar por amarga que parezca. No hay más remedio: "*chercher ce qui est vrai, n'est pas chercher ce qui est souhaitable*". ¡Qué amargura destila ese "*souhaitable*", ese deseo desesperado de seguridad de esperanza en algo que asegurara al hombre! Pero en vano, porque la vida es "*une affaire d'hommes qui doit être réglée entre hommes*".

Los hombres de Camus no quieren ayuda de nadie; se ven capaces de esa horrible y sublime libertad de arreglarse solos. "El extranjero" rechaza en su celda la visita del sacerdote con aquella frase: "*Je ne veux pas être aidé!*" (22).

Camus ve dos posibles huídas de esa realidad imponente: una la renuncia a la vida, por el suicidio, cobardía despreciable, falta de hombría para haber aceptado ser hombre con todas sus consecuencias; por eso escribirá que "no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio" (23).

La otra huída la ve aún más cobarde y repugnante: es el recurso a ideas superiores, espirituales y trascendentes: "Si hay un pecado contra la vida no es quizá tanto desesperar de ella como esperar otra vida, e incluso hurtarse a la implacable grandeza de ésta" (24); y páginas más arriba había dicho: "Me entero de que no hay dicha sobrehumana, ni eternidad fuera de los días. Estos bienes irrisorios y esenciales, estas verdades relativas son las únicas que conmueven. Los otros, los "ideales" no tengo bastante alma para comprenderlos" (25).

(20) A.C.: *L'homme revolté* (Ed. N.R.F.) pág. 178.

(21) A.C.: *Le Mythe de Sisyphe* (Ed. N.R.F.) pág. 8.

(22) A.C.: *L'étranger*. pág. 152.

(23) A.C.: *El Mito de Sísifo*. Pág. 15.

(24) A.C.: *Las bodas*. pág. 82.

(25) A.C.: *id.* pág. 79.

Sólo el que es fuerte para vivir sin mitos, sin esperanzas, realiza la plenitud de la vida, "peut alors décider d'accepter de vivre dans un tel univers, et d'en tirer ses forces, son refus d'espérer et le témoignage obstiné d'une vie sans consolation" (26).

Por estas sendas, ha arribado Camus a su honrada desesperanza. El hombre solo, en la vida sola; o sea, un pobre ser diminuto y débil, perdido en un bosque inmenso poblado de peligros, abocado con su pequeño cargamento de bienes y su gran ilusión de felicidad, a una muerte sin sentido y una tras-muerte en la nada: "Este pueblo, totalmente lanzado a su presente, vive sin mitos, sin consuelo. Ha situado todos sus bienes en esta tierra, y por eso ha quedado sin defensa frente a la muerte" (27).

En este último momento, cuando todo se está derrumbando, cuando la típica angustia de estar consagrados a la nada, trata de invadir la playa y hundir en la desesperanza la nave de Camus y todo su cargamento de sinceridad y estima humanas, todavía sobrenada un grito medio esperanza, pero sólo medio! "Nous, nous refusons á désespérer de l'homme". Bello grito humano, no querer desesperar del hombre. Pero, ineficaz, puro gesto fraternal sin realidad, cuando continúa: "Sans avoir l'ambition déraisonnable, de le sauver nous tenon, au moins a le servir. Si nous consentons á nous passer de Dieu et de l'espérance, nous ne nous passons pas si aisement, de l'homme" (28).

Pero ¿es que tiene algún sentido verdaderamente serio, renunciar a Dios y a la esperanza, y no renunciar al hombre? ¿Es que queda mucho del hombre, cuando lo despegamos de Dios y de la esperanza?

Ahí está, hoy por hoy, el trágico error de Camus: toda su sinceridad, su nobleza, su estima fraternal de los hombres, se estrellan en el orgullo de la soledad a la que se condena y nos condena. No diré que sea del todo culpable en esta situación. Camus ha tenido que vivir, efectivamente como un "hombre solo". De pequeño no ha sentido el cobijo de un padre, la fuerza protectora de un ser más poderoso, empeñado sobre todo en esa ayuda consoladora: el padre de Alberto muere muy temprano, y el pequeño queda librado de sí mismo. Esa animosa mujer española que es su madre, no se ha dedicado tal vez por las premuras de la vida y las necesidades materiales del hogar que debe ella llevar adelante; a formar en el corazón de sus pequeños, las claras ideas de la paternidad de Dios, y los valores de lo sobrenatural. En el Instituto, en la Universidad, en el periodismo argelino, Camus es un hombre solo, aunque esté rodeado de amigos cuerpos morenos. Ni siquiera ha vivido la tutela de la Patria, pues su primera parte de la vida transcurre en Africa del Norte, y cuando llega a Francia, no es la Patria quien le reciba y le proteja, sino al revés, él quien deberá defender y proteger a su Patria invadida y en armas. Camus en Francia sigue siendo un hombre solo.

La postguerra, con todos sus egoísmos y poco nobles maniobras de partidos, su rompimiento con el marxismo, su distancia del cristianismo, le dejan una vez más "hombre solo" del que desconfían unos y otros, el marxismo porque ha roto valientemente con ellos; el cristianismo porque no se ha acercado al hogar de la fe; hombre solo que desconfía también de unos y otros: del marxismo como abuso infrahumano; del cristianismo como ideal extrahumano.

(26) A.C.: *Le mythe de Sisyphe*. pág. 84.

(27) A.C.: *Les noces*. pág. 77.

(28) *Combat*. (Enero 1945)

Y en medio de los dos bandos que se reparten la historia y la vida: el espíritu y la materia, la gracia y el pecado, la vida y la muerte, Camus como un coloso, como un Prometeo fallido, con su enorme antorcha apagada!

Ese héroe que corrió tan noblemente para llevar la luz a sus hermanos, se encuentra ahora a mitad de su carrera, con que no tiene nada que decir, que no puede aportar ninguna luz que nos haga más dichosos, mejores; todo por el orgullo, tal vez inconsciente, de haber querido hacer de los hombres seres absolutos, por no haber reconocido la cálida y segura realidad de los pequeños seres contingentes, anidados entre las manos del Dios que se preocupa de los lirios del campo, de los pajarillos, y mucho más de los hijos de los hombres. "¡Qué valor... —podemos decir, aplicándole a él mismo, las frases de "Los justos"—. Pero algunas veces pienso que es un orgullo que será castigado" (29).

Aunque, por fortuna, ni la obra ni el pensamiento de Camus han tocado su meta. Nada es posible predecir del ulterior desarrollo de sus ideas. Una cosa puede deducirse: Que Albert Camus no se instalará nunca en una tibia situación de medias tintas; su tajante y cruel sinceridad lo demuestran. Y en tal caso, no hay más que dos campos y dos extremos —pues de extremos se trata— o el materialismo marxista, en cualquiera de sus múltiples formas aparentes; o el espiritualismo cristiano; la salvación y libertad humilde del hombre por el Evangelio de Jesucristo, o la condenación del hombre por el pecado y su esclavitud a la materia.

El mismo escribió un día en "L'homme revolté" esta frase mucho más trascendental de lo que pensaba sin duda al escribirla:

"Quand la revolution, au nom de la puissance et de l'histoire devient cette mécanique meurtrière et démesurée, une nouvelle révolte devient sacrée, au nom de la mesure et de la vie. Nous sommes à cette extrémité"

Magnífica frase que yergue a Camus frente a los sombríos poderes del marxismo universal, de la esclavitud y brutalidad del materialismo, y le otorga de nuevo grandeza épica.

Lo que Camus quizás aún no sabe es que hace ya siglos fue lanzado su mismo grito por otro hombre; que antes que él, Jesucristo lanzó el grito de la revolución de los hijos de Dios contra los hijos de las tinieblas; que ese Hermano Mayor de los hombres vió "tantas cosas dignas de admiración" en sus hermanos, se compadeció tanto de sus miserias y esclavitud, que se entregó gustoso a la muerte más triste a fin de ganarles la vida, la libertad y la esperanza en una realísima y eterna dicha.

Es decir, que Cristo precedió hace siglos a Camus en todos sus nobles deseos en favor de los hombres. Y fue además tan sincero y tan eficaz que murió por eso.

Camus escribió un día, en un artículo estas palabras: "Yo no parto del principio de que la verdad cristiana sea ilusoria. Nunca he entrado en ella. Eso es todo" (30).

No es, pues, que rechace positivamente el Evangelio; es que no lo conoce.

Pero si un día se encuentra con Cristo, ¿lo verá Camus tan cercano a su alma como está realmente?

Si eso ocurre, serán ya al menos dos; y se derrumbará el mito de Camus. "el hombre solo".

(29) A.C.: Les justes. pág. 167

(30) La vie intellectuelle. (Abril 1949)